Suplemento Dominical fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932

EL DIA

Año XLVII - Nº 2364
Montevideo, 4 de febrero de 1979



La Mujer en la Estatuaria Montevideana

Numerosas presencias femeninas embellecen parques y paseos urbanos. Entre ellas, emplazada en la rambla costanera, antes de llegar a Carrasco, figura esta delicada realización escultórica, obra de P. E. Fiaschi, que se inauguró en 1916. Bautizada "El Sueño", llama la atención por su gracia romántica.

(Ver págs. 1 a 3).

(Foto Caruso)

Suplemento Dominical de
EL DIA
Fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932
Directora: Dora Isella Russell
Dep. Legal 31.227/72

Mujeres
Estatuaria

Nos vamos al centro.. Al "0 kilómetro" de nuestra bellísima —y queridísima— ciudad. La figura de la República, en la estatua de la Libertad. Nos dice Laroche: "Está muy "promocionada" la linda Rosita, modelo y mujer de Livi". Pero es linda, y está ahí, en cuanto suben la mirada los de "adentro" y los de "afuera".

UNA NOCHE, EN VENECIA; en una casa patricia, prez del Renacimiento, se conversaba sobre la misteriosa condición de la cual nace la obra de belleza.

En un momento dado —esto lo contaba Rodó— entre Ticiano, pintor, y Sansovino, escultor, suscitóse aguda controversia, acerca de la evidente rivalidad entre pintura y escultura. Presente estaba, Violante de Pertinacelli. La Venecia de éntonces, "no reflejaba, ni en sus soberbios espejos, ni en sus aguas dormidas, imagen más bella que la suya". Donna Violante, había sido modelo de pintores y escultores. Se le pidió decisión, para el pleito entre los artistas. Habló la bella:

"La Pintura, es como los sueños con que los hombres satisfacen su ilusión comtemplativa; mientras que la estatua, convierte en objeto la acción, y adquiere la firmeza de la realidad".



en la Montevideana

Opinión.. Discutible, con todas. Más, si pensamos en la dualidad de algún "monstruo", para darse al Arte. Pensemos en uno solo: en Miguel Angel, pintando "El Juicio Final", y en Miguel Angel, esculpiendo "El Moisés".

———

Pero ahora, vamos a hablar de la estatuaria de nuestra bellísima ciudad, y —concretamente— de la que valoriza la figura femenina.

La belleza, la fuerza, la inteligencia humana, están ahí —transformadas por el arte— al alcance de nuestros pasos morosos, de nuestras miradas demoradas, de nuestro incondicional amor hacia lo que nos muestra a los seres, trascendiendo su chatura vegetativa.

———

Muchachas éramos y, por vecindad y admiración, ambulábamos por el señorial Prado. Con estudiantes amigos, proclives como nosotras, a saber algo más de lo que dicen los textos, discutíamos. Por ejemplo: ¿Eran sirenas —sostenes de fanales— las estatuillas que adornan el puente sobre el Miguelete?

Había pocas esculturas en el Prado, en aquellos tiempos. Todavía no estaba —en las cercanías del Hotel— la francesísima Fuente de Cordier, con su gracia como para las Tullerías o Versalles. Con Walther Laroche, suspiramos nostálgicamente, recordando que la conocimos en la Plaza de la Independencia. Con sus elegantes chorros de aguas multicolores, "satinando" a sus nereidas, se inauguró un sábado de Carnaval. Quiere el anecdotario ciudadano, la evocación de alguna mascarita —de riguroso dominó— zabullida (no zambullida) en la fuente, al salir de los archifamosos "veglioni" del "Solís".



Quizá —o sin quizá— el lugar más espectacular de Montevideo. La Av. 18 de Julio, se encuentra con el Br. Artigas y se pierde en el Parque Batlle y Ordóñez. Ahí está el Obelisco en homenaje a los Constituyentes de 1830. La obra se la encargaron los bancarios a José Luis Zorrilla para el primer centenario de la Jura. Contra la aguja las figuras: la Fuerza, la Libertad y la Ley.

No nos vamos aún del Prado; a la sombra del árbol llamado "Oreja de negro", está el grupo escultórico que recuerda a los últimos charrúas; los llevados a París, para ser exhibidos como bichos raros en un barracón de la Chaussée d'Antin. La única mujer —Guyunusa— fue modelada por Gervasio Furest Muñoz.



Decididamente, no son sirenas estas estatuas que adornan el puente sobre el Miguelete, en el Prado. ¿Qué son? Según opinión propia, estilizadas "grifas". Porque los grifos tenían cuerpo de león, alas de águila y escamas de pescado. También —dice la Mitología— cabeza de águila. Aunque aquí, la cabeza, es de bella mujer.



En la umbría de un rincón de nuestro paseo romántico, las líneas de la estatuaria clásica en una "Hebe". Esta —según la Mitología— era la diosa de la juventud, hija de Júpiter y Juno. Su padre le encomendó escanciar el néctar y la ambrosía en el Olimpo. De ahí, el cantarillo.. Después la reemplazó Ganímedes, y ella se casó con Hércules cuando éste pasó de héroe a dios olímpico.



Réplica de la estupenda "Victoria de Samotracia", que —según dicen— conocieron los persas antes de su derrota en Salamina. Tanta historia, tanta literatura, para que los carreristas, burdamente, la llamen "La degollada".. Está en la "pelouse" del Hipódromo de Maroñas y no pudimos averiguar qué refinado la importó.



Tuvimos siempre una gran admiración por Antonio Pena. Tan gran artista, tan modesto hombre. Esta fue su concepción para el monumento erigido a la memoria del Dr. Horacio Abadie Santos —codificador, profesor de derecho penal, periodista. Una Minerva —o Palas Atenea, la que salió armada del cerebro de Júpiter— es lo más importante de la obra que está en la confluencia de la calle Abadie Santos y Rambla República Argentina.

Fueron ubicándose monumentos, en la romántica, suntuosa, ex heredad de Buschental. Si volvemos a sus avenidas, a sus rincones forestados con inteligencia, encontraremos bronce y mármol, para mujeres de distintos sino y diverso destino.

En el grupo de "Los cuatro últimos charrúas", está la india Guyunusa —tan triste como el desarraigo— obra de Gervasio Furest Muñoz, según grabado del tiempo de la exhibición en París, de los infelices charrúas. Por una avenida digna de los coches del 900, "encontramos" a María Eugenia Vaz Ferreira, en la interpretación de José Belloni, y a Delmira Agustini, y a una clásica "Hebe", diosa de la juventud. Hablaremos después, del gran monumento a María Stagnero de Munar. Y nos vamos, al centro y a los barrios, buscando indivudualizaciones —otra maestra, una científica— y simbolismos: diosas, musas, ninfas, más maestras y, Madre, República, Paz, Libertad, Sabiduría, Ley, Fuerza.

No hay monumentos para heroínas, porque no las tuvimos, en el grado de Juana de Arco, María Pita, Policarpa Salavarrieta. (Francesa, coruñesa, colombiana). La heroicidad femenina —en tiempos de la Patria Vieja— estuvo en el sostener los hogares sin hombres, y en el compartir penurias, en el campamento del Ayuí. Algo, se recuerda en los bajorrelieves del monumento a Artigas, y en el frente del Banco de la República.

¿Grupo escultórico para una sola mujer? El que habíamos soslayado — en El Prado— erigido en memoria de María Stagnero de Munar, creadora de los Institutos Normales. Ella murió en 1922, y el escultor Juan D'Aniello, interpretó la atmósfera de respeto unánime que, por aquellos tiempos, rodeaba a la gente de la enseñanza. Ya un poco diluído, ese respeto alcanzó para la efigie de la gran Enriqueta Compte y Riqé (creadora de los Jardines de Infantes en el Uruguay). *Está* —es un modo de decir— por obra de Armando González, en el Pasaje Peatonal "Ernesto Laroche", frente al Museo de Bellas Artes del Parque Rodó. Todavía —y ya en genérico homenaje— se levantó un monumento al Maestro —con sólida figura femenina— en la Avenida Ricaldoni, del Parque Batlle y Ordónez, y que es obra de Michelena. Aún, nos queda por admirar la majestad de "La Maestra", allá, en el verdor de la muy cuidada Plaza Lafone, de La Teja, y que debemos al cincel de Severino Pose.

Para "la madre" —sin discriminar— hay lugar en el grupo escultórico "El Trabajo", de Castiglioni, con importante emplazamiento en los jardines del Palacio Legislativo (ángulo S.E.). Y, para "La madre Patria", es el centro del monumento de José Clará, que perpetúa el sentimiento de amistad de España hacia el Uruguay. Esplende, en la conjunción de la Av. del Libertador Juan A. Lavalleja, con la Av. General Rondeau y la calle Galicia.

Desprevenidos y/o indiferentes transeúntes, discurren por calles y plazas, para "ver", y no sólo para mirar. Se asombrarán, ante las figuras que modeló José Luis Zorrilla (también gran pintor) para el Obelisco, homenaje a los Constituyentes de 1830. Lo realizó, a pedido de los bancarios —que lo regalaron al país— cuando el primer centenario de la Jura de la Constitución, que se celebró a bombo y platillos. El Obelisco, emplazado estratégicamente, nos deja en total indecisión, para elegir entre la Fuerza, la Libertad y la Ley. José Luis, sonreía feliz, cuando le demostrábamos que diferenciábamos sus estatuas.



La fuente "Cordier". Se la conoce por el apellido de su creador, Henri Cordier. Se inauguró —con toda su gracia versallesca— en la Plaza de la Independencia, un sábado de Carnaval. Hace más de cincuenta años. Ahora está en el Prado, en línea directa con las escalinatas principales del ex hotel. Nos dicen que robaron algunas tortugas, "dadoras" de los irisados chorros de agua.

¿Seguimos la recorrida? Sólo un busto de mujer, evoca los muy poco frecuentes esfuerzos de nuestro sexo, en el campo científico. Pero, si "para muestra basta un botón", nuestra "muestra" es ecuménica. Ya que el busto de las calles Francisco Bauzá y Alberto Lasplaces, representa a la genial Marie Curie. Se debe a Arístides Bassi y es severo y sencillo, como el alentar todo de la modesta polaca que —cuando ya en la cúspide de la fama, fue invitada para viajar a los EE.UU. para recibir "radium" de regalo, y homenajes sin fin —casi no quería ir, porque "no tenía sombrero para presentarse"..

Dejamos para el final, la escultura en la que primero pensamos, cuando se nos pidió esta Nota: la réplica —una de tantas— de la "Victoria de Samotracia".

¡Cuánto indagamos! No pudimos averiguar cómo fue a dar a la "pelouse" del Hipódromo de Maroñas. Donde la fácil y burda "gracia" populachera, la llama "La degollada". Pero sí supimos, desde cuándo —ese prodigio de armonía de la estatuaria— se lucía en el Museo del Louvre, con su apabullante majestad. Fue el Dr. Armando Pirotto, nuestro informante: "Ahí, está, desde 1869; seis años después de haber sido exhumada, en la isla de Samotracia, donde la vio —y la compró para su país un cónsul francés".

El Dr. Pirotto, no cree que la hayan conocido los persas, en su incursión por Grecia, porque la supone ofrendada a Niké (Victoria) por el tremebundo Demetrio I "el Poliorcetes" (sitiador de ciudades) y rey de Macedonia, allá por el siglo III (A.C.). Las "victorias" eran ápteras (sin alas); pero este Demetrio, la soñó alada para seguir triunfante de ciudad en ciudad..

―――

¿Qué es, la Victoria de Samotracia? Un vuelo, movido por el corazón, con el ímpetu arrebatador de quien no precisa de la tierra..

Elizabeth DURAND

(Especial para EL DIA)
N.B.
Algunos datos sobre ubicación y autoría de estatuas, en Montevideo, los obtuvimos del Sr. Walther E. Laroche, quien da los toques finales a su Ensayo sobre "Escultura en el Uruguay y la historia de su estatuaria". La obra, será en dos tomos, con más de un centenar de grabados y le ha sido encargada oficialmente.



Cerca de la diosa de la juventud, la Maestra de las jóvenes futuras maestras, doña María Stagnero de Munar, fundadora del viejo "Internato", en la calle Angel Floro Costa donde hoy funciona la Escuela "Ecuador". El monumento es obra de nuestro gran escultor Juan D'Aniello.

Del Saber Popular

Siempre hemos prestado atención al saber popular; entendemos por esta expresión aquel acopio de conocimientos empíricos, fruto de la observación directa de los más variados fenómenos de la naturaleza y de aquellos surgidos de la industria del hombre; esto es de la interpretación de causas y efectos que presta a éstos y a aquéllos el entendimiento de la gente de pueblo.

A aquellos fenómenos, la gente denomina y describe con expresiones coloridas que traducen una interpretación directa, sin ambiguedad, inmediata diríamos; y que, en su laconismo, es inmejorable. Cada actividad, cada oficio tiene sus voces particulares; otras muchas son genéricas. Nada más instructivo entonces que el acercarse al hombre de campo, al obrero, al artesano; lejos de la retórica académica, de aquel lenguaje a veces voluntaria o necesariamente pedante del graduado, del especialista, nada nos alivia más la mente que la enseñanza, la explicación impartida con aquel vocabulario simple y expresivo del trabajador manual.

¿Queréis, por ejemplo, dicho más expresivo que el de "la basura cría gusanos"? Esta afirmación, de carácter general, abarca a todo el vasto ámbito de la materia orgánica en estado de descomposición; pero también encierra una ambiguedad derivada del significado de la palabra criar, cuya primera acepción es producir algo de la nada. En materia de vida, es decir de la generación espontánea, creer todavía que ésta exista equivaldría a retroceder en el curso del conocimiento científico, actitud que por supuesto no cabe; pero al hacerlo así, nos enfrentamos con otra interrogante, la de cómo entonces surgió la vida. Frente a la proliferación de los tan famosos y repugnantes gusanos donde antes no había nada viviente, e ignorando que un insecto había allí depositado sus huevos, no se nos ocurría otra cosa que pensar que aquéllos habían surgido de la nada; pero cuando conocimos aquel ciclo vital y lo aplicamos no sólo al futuro sino también al pasado, llegamos ineludiblemente al tan mentado círculo vicioso de prioridad del huevo y la gallina, del cual, por el momento, no hemos podido salir.

Mediante el análisis espectral, descubierto por Bunsen y Kirchoff, supimos cuál era la composición del Sol y de miles de otras estrellas y hasta descubrimos en aquél un elemento que aún no habíamos inventariado en la Tierra; mas de la vida en otros mundos, todo seguía y sigue siendo conjeturas y fantasías. Ahora sin embargo, con el radiotelescopio, nos enteramos que en el espacio sideral bogan a la deriva agrupamientos moleculares que son algunos de los ladrillos de la materia viviente terrestre. Estos hallazgos constituirían uno de los elementos de prueba a favor de la ya vieja hipótesis de la panspermia. ¿Habrá sido entonces sembrada la Tierra con estas simientes foráneas aún inertes, que en ella germinaron; o sobre ella misma también se formaron aquellas semillas prebióticas? Pero en uno u otro caso, al fin y al cabo hay algo de cierto en lo de que los "bichos" se criaron de la nada, si por "nada" entendemos algo que en la hora cero no se reproducía ni crecía.

"El óxido se come al hierro", otra magnífica expresión que patentiza la desaparición de toda obra de hierro y su reemplazo por la herrumbre. Lo que antes era algo sólido y tenaz, de un color gris brillante, es ahora sólo una masa amorfa que se disgrega, que nos mancha con todos los matices del pardo y que sólo nos sirve para pintar a la cal. Aquel apetito insaciable del óxido es la causa que hace tan preciados para los arqueólogos los utensilios de la edad del hierro y por la cual será menester algún día desarmar la torre Eiffel. Mas, si de comerse al hierro se trata, sería más bien una autodigestión provisoria, pues aquella herrumbre es sólo un hierro disfrazado que con adecuado procedimiento resurge airoso de sus cenizas. Y después de aquella ocurrente y sabrosa interpretación de una alimentación de lo inerte con lo inerte, citemos una información trasmitida por un dilecto amigo que la tuvo de un quintero, relativa a la "digestión" del hierro por un ser viviente: se trata de la gallina que comería "fierros", piedras y demás, por tener en su estómago, que todo lo funde, más de 1000 grados.

"Tiene un ácido, larga como un ácido, sentencia popular que nos introduce a otro vasto ámbito de la Química, o mejor de la Química entre comillas, para caracterizar así el rótulo que se aplica a todo lo que no es natural, genuino, auténtico, a todo lo que espurio, de reemplazo, de adulteración. Aunque la naturaleza participe con creces de la Química, lo que se mira con desprecio (a veces con admiración) es el pretender desfigurarla, imitarla, sustituirla por mano del hombre. Toda vez que se quiere explicar o justificar algún efecto destructor, alguna acción algo misteriosa o espectacular, se invoca entonces a aquel famoso ácido, sin poder ni saber definirlo, si es que ácido fuera al fin de cuentas; e inclusive se le echa la culpa a ese señor toda vez que se padece de algún malestar gástrico, o cuando ciertas florecillas, que caen de los árboles, manchan el esmalte de los automóviles. Al fin y al cabo, todo esto no va sin alguna justificación, pues para el saber común —y no sólo para éste— lo que impacta, lo evidente, lo irrefutable, es el deterioro, la corrosión, la destrucción; y en estos efectos, el compuesto, el producto rey, el poderoso, es el "ácido"; y además, aquella creencia no es tan sólo una simpleza, puesto que a la soda que "come" a la piel o a la ropa, nadie se atreve a llamarla un ácido.

Lejos de menospreciarlo, hay que atesorar el saber popular. Nadie lo sabe todo, ni podría saberlo. Siempre resulta provechoso el beber en la fuente del conocimiento de la vida práctica de alguien que no tiene lo que llamamos cultura. De aquella enseñanza no extraeremos, si queréis, las causas primera de tantos fenómenos, que hasta los sabios ignoran; pero, por modesta que sea, algo más aprenderemos de la naturaleza toda. Es que todos necesitamos de algún maestro y no sólo de los graduados.

Jorge GRUNWALDT RAMASSO

(Especial para EL DIA)

Celia Rivas
óleo por
Juan Manuel Blanes.

A Propósito de un Cuadro de Juan Manuel Blanes

Como si el destino quisiera proseguir ensañándose, la gran Exposición recordatoria de Blanes en 1941, relegó al anonimato el cuadro N° 17, obra iniciada y concluida tras dolorosas vivencias.

Reducido al impacto de la memoria visual, el maestro debió realizar numerosos planteos que se hubiesen ahorrado de tenerse un buen modelo fotográfico, pues los existentes poco o nada decían de su trágica modelo, una joven muerta en las flor de la vida.

Así, luego de largos tanteos, mediando la conjura del recuerdo y el talento pudo alcanzar la misteriosa efigie envuelta en un halo de tristeza y desafío. Plenos los ojos de largos insomnios, rebelada contra un destino feroz, surgiría en el lienzo altiva, endurecida, como los malos hados que la troncharon en junio de 1871.

Su muerte, hecho de características nada comunes, sacudió por muchos años a nuestra sociedad, una sociedad caldeada entonces y, absorta ante los peores acontecimientos. Vivo aún el nefasto impacto de la fiebre amarilla bonaerense, que Blanes también inmortalizó en una tremenda anécdota, vivo el secuente flagelo de viruelas, y en plena Revolución de Aparicio, el inexplicable holocausto de Celia Rivas, daría trama para las más controvertidas opiniones.

Los partes policiales, de un laconismo aleccionador, apenas se concretaban al hecho, como que el silencio muchas veces es un maestro en el arte de educar al pueblo. Y no era que faltasen grescas de órdago, crímenes de todo tenor con sus paralelos en campaña. Pero lo cierto es que la muerte de aquella joven caló muy hondo en la sensibilidad de un reducido Montevideo, donde todos se conocían.

Julio Rivas, un niño de apenas 9 años de edad, había ultimado de un certero balazo a su joven hermana que apenas frisaba en los 19 y, para más datos, en momentos en que ésta se preparaba, con bello atuendo, para un sarao de relumbrón. Ni siquiera el arma fatal era propiedad familiar, habiéndola tomado o recibido el matador, de un francés Mangin, mal sujeto vecino por los fondos.

Las oscuras circunstancias del fratricidio, el grado de consanguinidad, y la minoría del causante, pusieron serias trabas a la justicia, sin que los hechos se dilucidasen nunca. Circuidos los móviles al área doméstica, todo fue el trasunto del hogar traumado por los celos más inverosímiles.

Don Justo de Rivas y de las Callejas, tal el sonoro nombre del progenitor, personaje altisonante, tallado en numen de otros siglos, calzaba alto y medía a todos con vara de alcalde. Santanderino de pura cepa, extraño a fuer de personal, vino al país en la década del 30, recomendado a su paisano, el rico comerciante Pablo Zorilla de San Martín. Pero hombre de insospechables recursos, bien pronto se abrió camino. Sentó plaza en el Cuerpo de Marina, puso un registro, y ya aclimatado a su segunda patria con gruesos patacones en el haber, tomaría estado vinculándose a una antigua familia capitalina.

Llegaron los primeros hijos, y de consuno un terrible fatalismo. El demonio de los celos comenzó a golpear el magín del español, trocándolo en un insufrible Otelo. Sus desplantes allá en la década del 60, hicieron famas y lanas, tanto que los primeros varones liaron sus bártulos para no volver jamás.

El mayor, en carne de leyenda inalcanzable, sería un fantasma escurridizo, supuestamente enrolado en las filas expedicionarias del Paraguay, luego recluta de los fortines argentinos, y muy lejos ya, tal vez el anciano unionero reconocido en un casual viaje de tranvía.

Drama con visos de inoculta tragedia, tuvo cuatro vástagos repudiados, su inocente Desdémona, y el malvado Yago, éste en forma del diabólico Mangin, sujeto a propósito de tantos males. Muerto don Justo el año 90, como un trasmitido maleficio, alguien siguió pagando tributo al chantaje aunque parezca increíble hasta el primer tercio de nuestro siglo...

Celia era lo más promisorio de aquel hogar atribulado, a medida que el tiempo hizo su parte. Vivaz, plena de gracia, amiga de buenas lecturas, sabía presentarse en sociedad, destacándose de lejos entre sus contemporáneas. Fueron los días de la Triple Alianza.

Montevideo sede del abastecimiento y punto de recalada de la marina imperial del Brasil, se transformó en centro obligado de calificados agasajos bajo respaldos oficiales. La jerarquía en particular, fue objeto de seguidas demostraciones, sucediéndose tertulias y recibos de empaque, donde la joven compatriota brilló por sus dotes propias.

Viejas fotografías denuncian el homenaje de notables personalidades. Allí están las dedicatorias del príncipe Luis de Beaurepaire Rohan, del Barón y la Baronesa de Mauá, de sus hijos entre tantos, sin olvidar singulares figuras del ambiente nacional, dividido entonces por diferendos políticos inconciliables.

No faltaron a la joven cortejantes del mejor cuño, buenos partidos en la acepción de época, pero todos marcharon al fracaso bajo la férula paterna.

En 1871, los hechos tomarían otro cariz. Rompiendo las presuntas vallas, la celebrada joven resolvió dar su mano al diplomático azteca general Zaragoza, hombre de mundo que le dobló en edad. Se renovarían desde luego los fuegos de la oposición con la grita que llegó al cielo. México estaba en el fin del mundo, porque los veleros eran pocos, y en el mejor de los casos, el trasbordo podía hacerse en las Antillas. Alejarse además, significó morir un tanto, dejar la familia, base del orden social, para internarse en tierras calientes, donde fusilaban príncipes de la sangre, y volteaban gobiernos a tiros.

Aquéllo debió ser la antesala del infierno, y en medio del diario torbellino, las filípicas y sermones golpearían el lento caletre del niño Julio, para desembocar en el crimen.

Los ánimos hechos áscua quemaban la trágica noche en que la infortunada joven debió realizar su voluntad. Un ambiente de fronda cundía profundo pero nada pudo vedarle el paso.

Entretenida por el aderezo del cabello y vestido, rechazó una y otra vez a su hermano, resuelto siempre a pisotearle la irisdicente cola del vestido de gró.

Un golpe sobre el imprudente fue el principio del fin. Usando por mirilla la luz entre los goznes de la puerta, el chico descerrajó su arma. La muerte fue inmediata.

———

Vecinos de puerta, los Blanes fueron los primeros en acudir al hogar enlutado. Les unían fuertes vínculos de amistad, gozando el muto afecto de sus hijos. Celia tuvo en la casa lindera las delicias de un refugio amable y confidente, de allí, que su muerte golpease con la fuerza de cosa propia.

Pasado el lógico estupor, el artista principió el óleo, tarea erizada de dificultades, que culminaría dos años después. Al remitir el cuadro, con el dolor de los hechos consumados, el mismo, pluralizando su testimonio dejó correr estas sugestivas frases:

Estimados amigos

Mi familia, unida a mí, vencemos el dolor de un recuerdo infausto para abrir paso a un débil, pero sentido testimonio del aprecio en que tuvimos y tenemos aún, la memoria de la malograda Celia.

Hacen hoy dos años que ocurrió tamaña desgracia, y hoy quisiéramos enjugar lágrimas que comprendemos, y creemos conseguirlo presentando a Uds. una mala imagen de la que fue para nosotros objeto de afecto.

Dejando satisfecho este deseo de nuestra amistad y, cumplido este encargo, me complazco en repetirme de Uds. S.S.S.

J. M. Blanes

Mont. 5 de junio de 1873.

Han transcurrido más de cien años. De la familia sólo queda una sobrina memoriosa, octogenaria que no sabe de vejeces, ni otea la magnitud del drama envuelto en tinieblas indescifrables.

Desde las paredes del Museo Juan Manuel Blanes, el cuadro de una joven triste y altiva contempla el paso del tiempo.

Augusto I. SCHULKIN

(Especial para EL DIA)

MANUAL DEL LIBRERO
HISPANOAMERICANO

BIBLIOGRAFÍA GENERAL ESPAÑOLA E HISPANOAMERICANA DESDE LA INVENCIÓN DE LA IMPRENTA HASTA NUESTROS TIEMPOS CON EL VALOR COMERCIAL DE LOS IMPRESOS DESCRITOS, POR

ANTONIO PALAU Y DULCET

PRIMER HIJO PREDILECTO DE LA VILLA DUCAL DE MONTBLANC

SEGUNDA EDICIÓN, CORREGIDA Y AUMENTADA POR EL AUTOR

TOMO XXVIII

REVISADO Y AÑADIDO POR AGUSTÍN PALAU
Vicedirector de la Biblioteca de la Universidad Complutense

VOY - Z

372934-381827

Al fin va un Indice Tipogeográfico y una Breve Memoria titulada Fin & Principio.

ANTONIO PALAU DULCET BARCELONA — 1977 — THE DOLPHIN BOOK CO. LTD. OXFORD

Portada del último volúmen de la monumental obra de Antonio Palau y Dulcet.

Acontecimiento Bibliográfico Mundial

La culminación del "Palau"

Luego de setenta años de continuas investigaciones bibliográficas que podemos, sin pecar de exagerados, calificar de titánico esfuerzo, culmina la segunda edición del "MANUAL DEL LIBRERO HISPANOAMERICANO. BIBLIOGRAFIA GENERAL ESPAÑOLA E HISPANOAMERICANA DESDE LA INVENCION DE LA IMPRENTA HASTA NUESTROS TIEMPOS CON EL VALOR COMERCIAL DE LOS IMPRESOS DESCRIPTOS", por Antonio Palau y Dulcet. Compilado y aumentado por el autor hasta su muerte y continuado y añadido por su hijo Agustín Palau, actual Vecedirector de la Biblioteca de la Universidad Complutense.

En esta segunda edición las fechas de imprenta abren un período de veintinueve años desde 1948 a 1977, en el que aparecieron los veintiocho volúmenes de la colección, cada uno superando el medio millar de páginas. En total registra 381.827 obras editadas en España y América, con un reducido número de libros referentes al asunto, impresos en otros países.

Este acontecimiento no debe quedar sin aplauso. Probablemente las generaciones venideras no logren superar esta obra levantada con tanto amor y firmeza. Son momentos personales en los cuales el genio y la voluntad se unen en inquebrantable decisión, en este caso consolidada por profundo conocimiento técnico y vislumbre de los servicios que podría reportar a libreros, bibliotecarios y bibliófilos.

Pocos expertos en bibliografía son capaces de manejar, lo que fue seguramente un conjunto superior al millón de fichas para seleccionar casi cuatrocientas mil, exponer un cuadro acabado, lógico, compensado, de las publicaciones y autores de cinco siglos de imprenta. La dedicación de los Palau denota, no ya la paciencia propia de los bibliógrafos, sino un hecho digno de destacarse universalmente: la existencia de hombres iluminados por ideas constructivas por cuya realización están dispuestos a consagrar la vida; aquí el caso se duplica por la presencia del padre y del hijo en estrecho acuerdo de sacrificarlo todo en acatamiento a un fin.

Por 1898, don Antonio Palau y Dulcet abrió una librería de viejo en Barcelona. Desempeñando su oficio notó la falta de repertorios bibliográficos que pudiese ser guía en materia de libros usados. En 1907, adquirida sólida experiencia, madura el proyecto de compilar un manual de ayuda librera donde figuren los libros de todos los tiempos acompañando registros de precios en el mercado de lance. La idea, que en aquella época podía a muchos especialistas antojársele descabellada, la resuelve felizmente y comienza a reunir materiales, preparar fichas; las mejora, selecciona, lucha con todas las alternativas propias de esta clase de catálogos, en los cuales hasta la posición de un punto posee significado propio.

Dieciseis años de intenso movimiento librero atendiendo millares de clientes, hicieron pasar por sus manos las piezas más raras de la imprenta española. Por 1923 vio con satisfacción el primer tomo de una primera edición en siete (el último salió de prensas en 1927). El relevamiento alcanzó en aquella ocasión, la importante cifra de sesenta y cinco mil títulos entre libros y folletos.

El ideal de la perfección, del mejoramiento extremo, mueven a Palau a intentar otra nueva aventura, más riesgosa por el incremento del múmero de nuevas ediciones. Corría el año 1946 y Palau ya en la avanzada edad de setenta y nueve años, con el mismo entusiasmo de su juventud, decide poner en marcha otra colección, obra que superaría en el tiempo su capacidad de vida. Revisa apuntes, hace enmiendas asistido por sus hijos Miquel y Enric; ordena de nuevo las fichas, remoza los precios, intercala títulos, alfabetiza, corrige pese a las dificultades de tarea tan considerable, dos años después, en 1948, aparece el primer tomo de la segunda edición, la cual hoy comentamos.

Palau conduce la obra hasta el volumen VIII impreso en 1955 (falleció en 1954); luego su hijo Agustín, profesor de historia, archivero y bibliotecario, la continuará, manteniendo igual perseverancia, hasta verla terminada en 1977. En conjuto esta la labor bibliográfica, primera y segunda ediciones, demandó la tenaz preocupación de dos generaciones de la familia. Envueltos entre papeles, índices, repertorios descriptivos, tarjetas por millares, pruebas de imprenta, galeras y páginas, planes de distribución y venta, los Palau como antiguos caballeros se dieron enteros a sostener un ideal allegando a su apellido el galardón de un triunfo humanístico, el mayor en el mundo de la bibliotecología, la reunión del selecto caudal que resume el pensamiento de todos los hombres de todas las épocas, el summum de la sabiduría. Honor a los Palau.

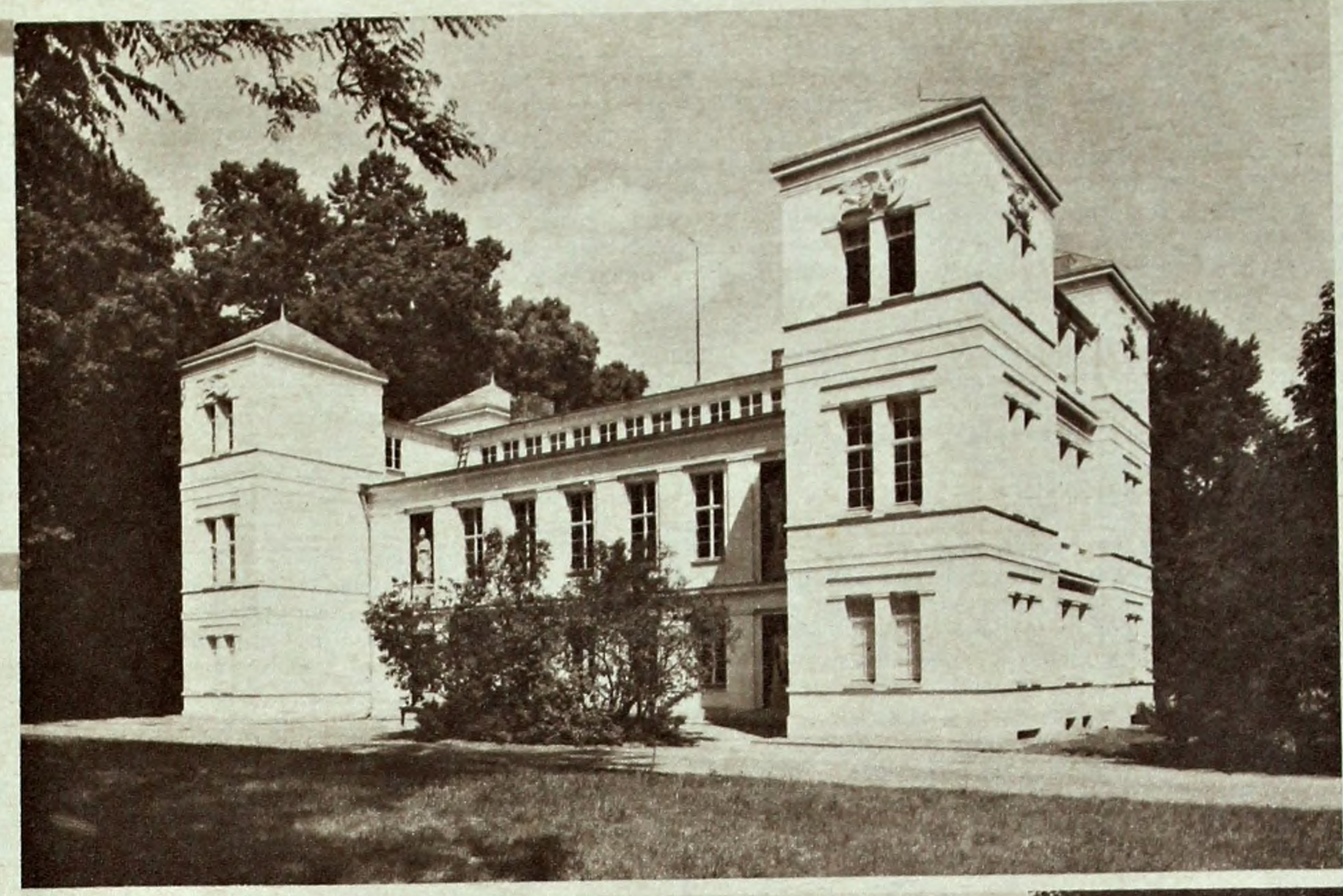
Luis Alberto MUSSO AMBROSI
(Especial para EL DIA)

El "Palac
población-
de Berlín
Tegel y
XVI. En l
XVIII, por
a ser prop
cercanía
po que se
que Wilh
tableciera
1820. En
trodujo
por los
se conser

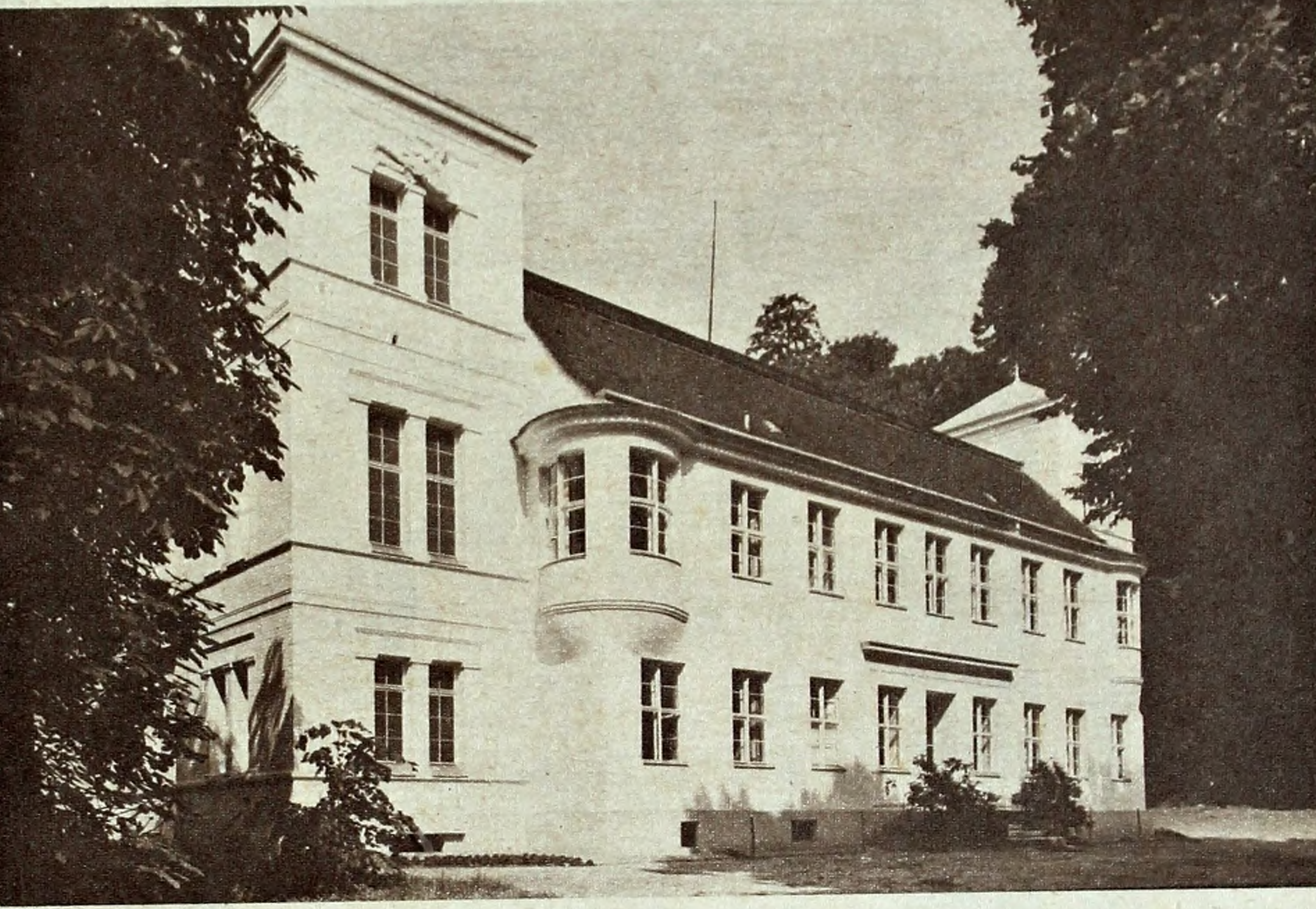
El Lado Mágico de Humboldt

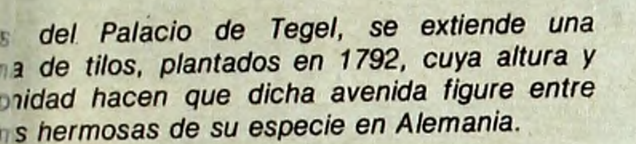


...sí llamado por la ...anta en el norte ...e del bosque de ...ruido en el siglo ...a mitad del siglo ...matrimonial, pasó ... los Humboldt. Su ...n, al mismo tiem... ...ento, contribuyó a ... Humboldt se es... ... efinitivamente en ...os siguientes, in... ...iones, secundado ... de Schinkel, que ...a el presente.



Fachadas anterior y posterior del Palacio de Humboldt, en Tegel (Berlín). En la primera, se abren cuatro nichos que contienen cuatro estatuas clásicas en mármol. Sobre las torres, relieves que son réplicas de los que adornan la "Torre de los Vientos" de Atenas. Fue construida por Schinkel.





...s del Palacio de Tegel, se extiende una ...a de tilos, plantados en 1792, cuya altura y ...idad hacen que dicha avenida figure entre ...s hermosas de su especie en Alemania.



Se calificará de irreverencia —y lo es— hablar de un Humboldt mágico, cuando todo el mundo dice —y es la verdad— que era el heraldo de las ciencias, venido al Nuevo Mundo. Pero no hay que olvidar que el alemán nos llegaba de la propia tierra en donde Goethe estaba enseñando a los suyos a dialogar con Fausto. El sabio Humboldt fue contemporáneo de quien le vendió su alma a Mefistófeles, apasionado en operaciones de alquimia.

Humboldt se dirigía al Africa, y en París vió una flor. Era la más bella enredadera traída de América por Bouganville. Por eso la llamamos buganvilla. El viaje al Africa se volvió humo, como azufre quemado en una retorta, y Humboldt obtuvo permiso del rey de España, para embarcarse con destino a las provincias de la enredadera florida. En el barco se declaró una epidemia. Humboldt tuvo que descender en las bocas del Orinoco, y sus primeras exploraciones tuvieron por escenario el río fabuloso. Sus fuentes estaban en las mismas selvas donde nació esa leyenda de El Dorado que volvió utópico al propio Francois Marie, llamado Voltaire. Del Orinoco pasó Humboldt a visitar Caracas, Santa Fe, La Habana, México Sin embargo, siempre se le recuerda con una flor en la mano, a orillas del Orinoco. El sabio ya no sostiene la esfera del mundo sino el enigma de la rama florida. Cuando llegó a Cartagena, escribió el virrey al soberano de España: "Porque V.M. ha autorizado a este hombre para que nos visite, lo dejo entrar, pero voy a ponerle espías, pues tengo el pálpito de su peligrosidad".

Humboldt era descubridor, y el descubrir es operación mágica. El descubridor mira lo que todo el mundo, pero nadie sabe lo que está mirando, y el sabio lo descubre. El mundo a donde llega Hum-

boldt es la América prerevolucionaria, y lo fabuloso de sus viajes, la revelación de unas generaciones nuevas que se han enamorado de las matemáticas, tienen telescopios, siguen el curso de las estrellas, estudian los misterios de la selva, dibujan y acuarelizan las plantas y sus flores, llegan de las sierras a las capitales con cajas de minerales De ahí brotaría la guerra de Independencia. Humboldt apenas alcanzó a ser testigo de lo que alcanzó a ver en un pedazo de la América equinoccial, México y Cuba. Pero los mismos sabios se desvelaban en Chuquisaca, Santiago de Chile, Córdoba argentina. La imagen popular que se tiene de Humboldt es la de un geógrafo y naturalista atraído por los reinos mineral, vegetal, animal   Lo mejor de sus descubrimientos, sin embargo, estaba en la república humana y el despertar en los claustros de la nueva generación alucinada.

Hay algo de poderes mágicos en Humboldt que le lleva a conversar con quienes toca. A la sombra de un samán, mirando al Avila, dialoga con un joven que luego resulta ser don Andrés Bello. A Santa Fe llega y da con un cierto médico que pasó veinte años martillando sobre la corte de España para conseguir permiso de organizar una misión botánica, y ya está con dibujantes y exploradores, astrónomos y naturalistas, animando a apasionados estudiantes que miden la altura de las montañas, se hacen morder de las serpientes para estudiar los antídotos, trasladan a hojas de papel pinturas maravillosas de las plantas. Dice Humboldt: "No hay en el mundo universidad que pueda compararse con esta que va de Santa Fe a la aldehuela de Mariquita " En Quito, trepa al Chimborazo acompañado del más empecinado astrónomo, matemático, geógrafo —Caldas, de Popayán— quien será con los años el gran artillero y fundidor de cañones. En México descubre a Joaquín Velásquez, iniciado en la ciencia astronómica por el indio Manuel Asentzio, indio que a lo mejor, leería de corrido en el calendario misterioso   Velásquez descubrió —también en América había descubridores— que en el colegio Tridentino, donde brillaban por su ausencia libros y globos, había un Newton y un Bacon. Se los leyó de un tiro. Humboldt lo encontró instalado en el observatorio que se había hecho en Santa Ana

Moviéndose así, dentro de la América invisible, Humboldt quedó deslumbrado y la hizo visible. ¿No parece operación mágica? En París dialogó con un muchacho alocado, de Caracas, y le dijo: América necesita libertarse, pero le falta un libertador. El muchacho era Simón Bolívar   La conversación, ese día, quedó ahí parada. Otro día, como un par de brujos, Humboldt y Bolívar treparon hasta el cráter del Vesubio. Conversaron sobre los volcanes dormidos

Germán ARCINIEGAS

(Fotos por cortesía de la Embajada de la República Federal de Alemania)
(Exclusivo para EL DIA)

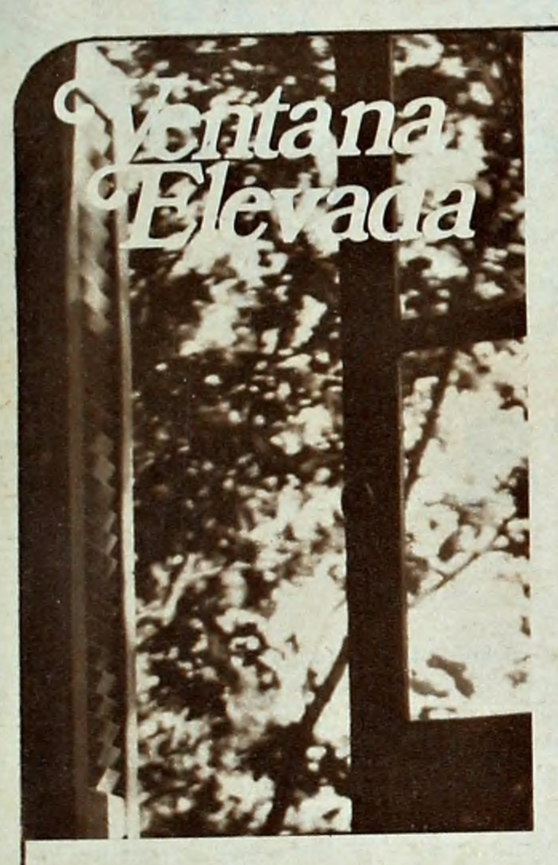
En la planta alta, el "Salón azul" mira hacia el Oeste a través de amplios ventanales. En el nicho central, una reproducción de la joven náyade hallada en Roma, cerca del Tíber, cuyo original poseían los Humboldt, que fue completada por el escultor berlinés Rauch de tal modo que la cara reproduce los rasgos de Carolina, la hija mayor de Wilhelm von Humboldt. Los medallones muestran los perfiles de Wilhelm y Alexander, en su juventud.



Pared Este del "Aposento verde de la Toa", originariamente habitado por Carolina von Humboldt. Sobre ménsulas de volutas en mármol pulido, los bustos de Alexander y Wilhelm, obras de Rauch y Thorwaldsen respectivamente; en el centro, la cabeza de Schinkel, sustituyendo el desaparecido busto de Carolina.



Camposanto de los Humboldt, en el parque del Palacio de Tegel. Sobre una alta columna se eleva la "Esperanza", terminada por Thorwaldsen en Roma a fines de 1817.



Ventana Ornitofónica

Es casi inevitable: no despunta la mañana de un día sereno —cualquiera que sea la época del año— sin que me despierte la penetrante clarinada de un cardenal cuya jaula debe estar muy próxima a mi ventana.

Su canto recio, tajante y casi monosilábico, resalta vivamente sobre el difuso fondo sonoro tejido por cientos de pájaros libres que pueblan los árboles que me rodean. En otra época eran dos las fuentes que se destacaban de tal suerte: un "canario flauta" que parecería emular aquellos ruiseñores nocturnos que tanto encantaron a los poetas, y un criollísimo sabiá de oscuro plumaje, que sin cesar desgranaba las típicas notas de la escala "de tonos enteros" mientras iba y venía entre los alambres de su pequeña cárcel.

Pues bien: ese renovado y cotidiano concierto de pájaros me ha llevado a meditar acerca de la influencia que tantos ruidos y sonidos de natural producción han tenido en la música culta de todas las épocas.

Es posible que entre las numerosas fuentes naturales de sonido, haya sido el canto de las aves, la que con mayor insistencia se ha reflejado en las más elevadas expresiones del arte sonoro.

No es necesario retroceder mucho en el tiempo, ni mencionar piezas antiguas tan notables como *Le chant des oiseaux*, de Jannequin, para comprender la multiplicidad de reflejos —a veces casi onomatopeyas— que los pájaros han encontrado en la música. Ahí están, si no, el ruiseñor, el cucú y el codorniz de *La Pastoral* de Beethoven, el coro abigarrado de los Murmullos de la Floresta en *Sigfrido* de Wagner, los arrítmicos y maravillosos cantos que surgen en "Le lever du soleil" del *Daphnis et Chloé* de Ravel y en *La isla de los ceibos*, de nuestro Eduardo Fabini. Es posible que existan pocas obras maestras de la literatura sinfónica, que ostenten rasgos tan peculiares a ese respecto. Mientras que en otras obras de similar ambiente, el canto del pájaro suministra al compositor material melódico o rítmico, en Fabini —y por su intermedio— el sabiá y la paloma torcaza proporcionan —¡cosa notable!— el *sentido armónico*. En efecto: las notas emitidas por el sabiá forman parte de un acorde de "quinta aumentada", que provoca inevitable tensión ascendente; mientras que el arrullo de las torcazas, de diseño diatónico, sugiere las células cortas e incisivas confiadas a fagotes y trompas. Pues bien: ese acorde desgranado se transforma en clima dominante; tanto cuando aparece en las rápidas figuraciones de los flautines (que trazan casi una onomatopeya) como en los macizos acordes de toda la orquesta. Fabini llamaba "cajita de música" al monte de ceibos ("isla", en términos campesinos) donde gustaba pasar muchas temporadas de verano, allá en el corazón del Departamento de Canelones. Ese ambiente dio al músico, el "marco" para la acción de una proyectada obra lírica cuyo preludio u "obertura" iba a ser lo que hoy conocemos como poema sinfónico independiente.

Pero el influjo del "entourage" nativo no se limitó a tan certera aplicación artística. Atento oidor de todo lo que estaba a su alcance, Fabini también prestó atención a otras fuentes sonoras propias del paisaje de su pueblo natal. Grillos, ranas y sapitos del Arroyo Mataojo habían de ascender al plano de la música; y así ocurrió cuando el compositor los tradujo con asombrosa fidelidad, mediante el más simple de los recursos instrumentales: el rasgueo y el punteo de las cuerdas del violín, "oltre il ponticello". Así nace el cuadro sinfónico *Mburucuyá*, donde la orquesta traza un cuadro sonoro tan vívido, que realmente asombra. Es la onomatopeya, pues, y en su más nítida y cabal transvaloración artística; tanto como la que con medios igualmente sencillos logró Verdi al sugerir e imitar los primeros remolinos de viento de una tempestad cercana, con voces humanas de un coro invisible, como en "Rigoletto".

Pedro Leandro Ipuche definía *La isla de los ceibos*, como "obra ornitofónica"; expresión en verdad insustituíble por su veracidad y concisión. Cantos de pájaros trascendidos en melodía, ritmo y armonía.

Es lo que inevitablemente pienso cada una de estas mañanas, mientras la claridad dispersa, asciende coronada de píos.

Y mucho es lo que alegra pensar que ese pequeño marco de madera gris represente, para mí, nada menos que el ser una *ventana ornitofónica*.

Roberto LAGARMILLA

(Especial para EL DIA)





Réquiem Para Una Mariposa Amazónica



En un rústico puerto se había detenido el barco —el pequeño barco típico del gran río— cuando tú entraste nerviosa, asustada, zigzagueante...

Un niño te agarró, estuvo jugando contigo, se untó los dedos con tu polvillo de oro, de azul y de granate, luego destrozó tus alas —la infancia es inocentemente cruel— y ahí estás en el suelo agonizando...

Mariposa amazónica, ¡qué dolor me da mirarte! Perdóname, te mato por piedad. ¡Si yo pudiera devolverte tu vida, ésa tu vida tan leve, tan danzante, tan diáfana!

En tu agonía, ¡cómo debes odiar a la familia humana!

¡Qué repugnantes monstruos debemos parecerte!

Tú, en la selva podías sin temor ver el resplandor amarillo de los grandes ojos del jaguar. Y los anillos de terciopelo de las grandes boas.

¡Fue una pequeña y rosada mano de niño la que vino a matarte!

¡Qué amargo tu destino, mariposa amazónica!

¡Qué dolor me da verte, bellísima mariposa!

Tu, hermana del picaflor, a los que los indios llaman "cabellos de sol"; tú, amiga de las lianas juguetonas y de las cigarras de oro y de esmeralda y de las delicadas tórtolas que anidan en los altos follajes

Perdóname, no pude ver tu agonía. Te maté por piedad, mariposa bohemia para quien la vida era una eterna fiesta.

En el claroscuro de la infinita floresta tú danzabas como las imágenes en mi frente exaltada.

¡Qué vida tan hermosa era la tuya!, ¡qué goce alígero y profundo en la región de la flora sin igual en el universo!

Aún parece que tienes aroma de selva, ese aroma que hace evocar silencios agrestes, orgías de orquídeas, papagayos de verde frac, fiebres de amor, árboles llenos de rosados brotes candorosos; blancas copas de Victorias Regias, mañanas en que el sol moja sus pies en el Gran Río; crepúsculos de lacre ardiente, hálito de miel de los labios del trópico, horas glaucas, océanos de palmeras, gritos de guarás en los pantanos, lianas trepando cual monos en los ramajes, tamborilear de lluvia, olor infantil de flores mozas, sensualísimo olor de magnolias, tucanes negros, rojos y anaranjados, cascadas arrullando el sueño de las frondas, agustidad de la luz, flotar de agua-pés, árboles de un verde tierno y de un verde negruzco, oro viviente de la aurora, oro sangrante del crepúsculo, sueños de mururés, cigarras martillando sus cantos, cocuyos zebreando las tinieblas...

Vestidos de seda blanca los jazmines silvestres te saludaban y te llamaban con sus cabecitas. Tú te embriagabas de miel y de belleza en la gran poesía de la interminable floresta, desde que la mañana salía desnuda de su baño en las aguas azules de la noche, hasta que en la rápida hora crepuscular el sol violáceo parecía una enorme flor de mburucujá.

Mariposa amazónica: ¡qué dolor me da verte!

Fue una pequeña y rosada mano de niño la que te quitó la vida. Y el ancho mundo se cerró para tus ojos.

Y ya nunca, nunca más protagonizarás la viva y deslumbrante fábula amazónica, ni verás las lianas con sus flores —que son sus sueños— todo ese bello desorden de esa Naturaleza movida...

Nunca más besarás los labios blancos de los cálices de guajerú, los labios rojos y amarillos de paud'arco, los labios rosa de las catleyas ¡avalanchas, abismos, bahías, cataratas de flores ennoviadas!

Mariposa muerta a orillas de la isla de Marajó: el río de las Tortugas, ¿copió muchas veces tu alado pebetero de oro, de añil y de granate?

¡Con qué pena te guardo en mis manos, con que pena! Pues sé que te he alejado del abejear de la luz, de los bananos de jade, de los pájaros que obstinadamente picotean la inmesa fruta azul del espacio, de las lunas de fuego blanco, de las lunas color de miel, de las mañanas, lindas, lindas como muchachas que adornan sus trenzas con flores de sicopira, del azul quemante de los mediodías, de las noches estelarmente hermosas, deslumbradoramente hermosas en que canta el pae-avó y canta el carao, ese pájaro pardo, de alas cenicientas, que llora en la sombra, llora con dulce amargura porque nunca cambia de plumas...

¡Ya nunca más verás, mariposa amazónica, esas noches azules, azules, azules, noches que parecen gigantescas mariposas abriendo alas de sombra con lunares de estrellas!





Sé que moriste odiándome, porque te maté. Pero también sé que me perdonas si escuchas este mi réquiem.

Tú, tantas veces besada por los labios de sol de esta tierra aromal, tú, tantas veces reflejada en las aguas risueñas del inmeso pará, tú, ensueño, bohemia, inquietud lírica que ponías en la selva un ondular fugitivo de largas e impalpables cintas, una danza infatigable de luz y de color, piensa cómo he de quererte yo, que llevo en mi alma las alas irisadas de la inquietud.

Si aún sabes algo, si algo comprendes, ¡cómo echarás de menos la alegría de la tierra verde junto al agua azul!

Sé que moriste odiándome porque yo te maté. Pero dime, ¿no es cierto que ahora me perdonas al oír mi oración?

Mariposa amazónica, ven conmigo: En una linda caja de cristal, guardaré tu esplendor, eternizaré tu esplendor.

En una linda caja de cristal verás la ronda de los días, verás la ronda de las noches, verás la ronda de las estaciones.

Mariposa amazónica, ven conmigo, ven a adornar mi mesa de trabajo.

Más feliz que los hombres, tú no tendrás que ocultarte en las sombrías cuevas de la tierra.

Ven a acompañarme, ven a evocarme siempre el Paraíso Verde y a aliviar con tu belleza inmarcesible y lírica, mis horas largas de melancolía.

Gastón FIGUEIRA





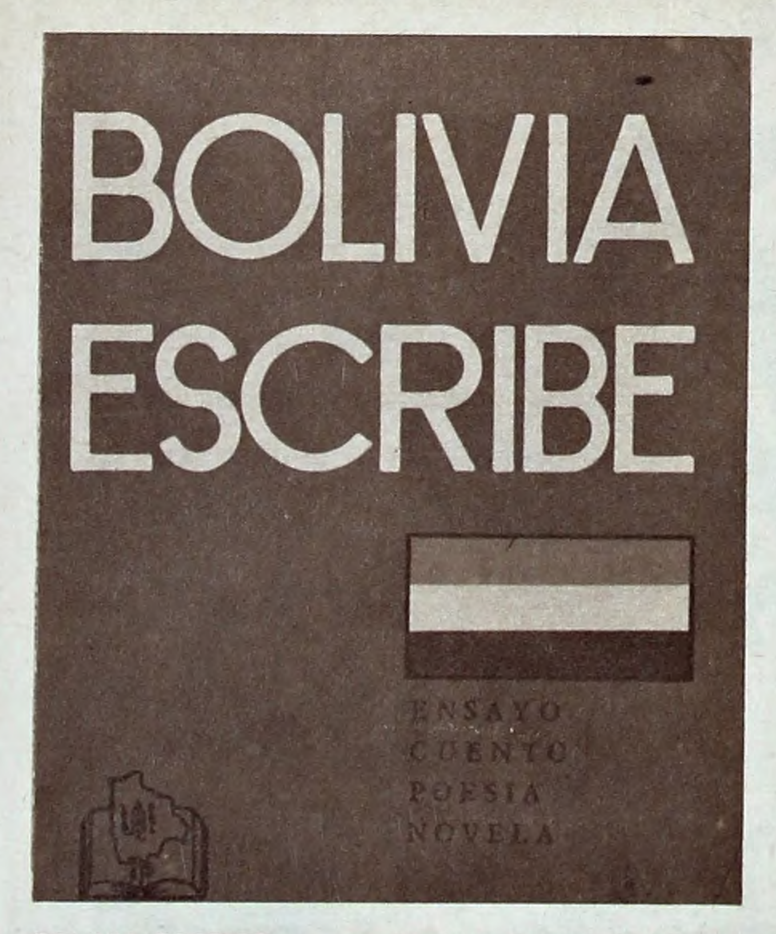
Introducción y dirección
Ralph Ross

GRANDES FIGURAS DEL PENSAMIENTO NORTE AMERICANO

HENRY ADAMS
WILLIAM JAMES
H.L. MENCKEN
RANDOLPH BOURNE
VAN WYCK BROOKS
KENNETH BURKE
REINHOLD NIEBUHR

GRANDES FIGURAS DEL PENSAMIENTO NORTEAMERICANO. — Introducción y dirección de Ralph Ross. EDISAR, Bs. As., 1977. 303 págs.

"Los hombres cuyas vidas y obras se describen en este volumen fueron los testigos de nuestras transformaciones y de los dolores propios del proceso de crecimiento", señala en la Introducción el coordinador de este importante panorama de pensadores y críticos de los Estados Unidos, estudiados por especialistas autorizados: *Henry James*, por Louis Auchincloss; *William James*, por Gay Wilson Allen; *H. L. Mencken*, por Philip Wagner; *Randolph Bourne*, por Sherman Paul; *Van Wyck Brooks*, por William Wassertrom; *Kenneth Burke*, por Merle E. Brown; *Reinhold Niebuhr*, por Nathan A. Scott (h); la enumeración de las figuras tratadas indica por sí sola el amplio tramo histórico que representan, y su significado en la evolución del pensamiento y la cultura de los Estados Unidos.



BOLIVIA ESCRIBE. — por Mariano Bautista Gumucio. Ed. Los Amigos del Libro. La Paz —Cochabamba, Bolivia— en coedición con Horst Erdmann Verlag. Tubingen, Rep. Federal Alemana, 1976. 251 págs.

Un excelente volumen antológico —Ensayo, Cuento, Poesía, Novela— reune muy bien escogido material de prosa y verso, abarcando desde 1925 al presente. En pocas páginas, el prologuista consigue trazar un apretado ensayo que ubica al lector en un denso panorama cultural, pujante de suscitaciones enraizadas en el devenir histórico. Encontramos nombres admirados, en cada una de las disciplinas que se ofrecen, y la selección compone un total equilibrado, representativo de una cultura poderosa, abierta hacia el futuro.

Jorge Oscar Pickenhayn

Fui y seré Maldonado



FUI Y SERE MALDONADO — por Jorge Oscar Pickenhayn. Montevideo, 1978. 117 págs. Distribuye: Editorial D.O.E.

El libro constituye una biografía de don R. Francisco Mazzoni, personaje casi legendario de Maldonado, indisolublemente asociado al Museo fernandino que fue formando a través de muchos años de amorosa búsqueda de piezas significativas del pasado de esa zona uruguaya tan rica en evocaciones de antaño. La trayectoria de Mazzoni como historiador, como profesor, como escritor, tiene la identidad de un destino consagrado a un quehacer noble, enaltecedor de valores nacionales, cuyo mejor testimonio es el acervo de esa casona donde vivió sus años finales rodeado de preseas cargadas de contenido y mensaje, que él legó a las generaciones que se sucedan, como ejemplo de la devoción de un hombre por su patria.

El autor —y desde hace poco, colaborador de este Suplemento— ostenta un impresionante curriculum vitae, desde su doctorado en Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires, pasando por su graduación en el Conservatorio Nacional de Música y Arte Escénico de Buenos Aires, donde fue profesor más tarde, hasta la jefatura del Departamento de Educación Artística del Colegio Nacional de Buenos Aires y profesor allí de Historia del Arte, Literatura e Historia de la Música, culminando su prestigiosa carrera como Director del Instituto Superior de Arte del Teatro Colón de Buenos Aires, hasta su jubilación. Autor de numerosos libros, conferencista, crítico teatral y musical, periodista, continúa su actividad intelectual, radicado actualmente en San Carlos de Maldonado. El libro que reseñamos no desmerece, por cierto, los mencionados antecedentes.



EN LOS HORIZONTES DEL PAISAJE AZUL — por Carmen Acevedo Vega. Ed. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas. 1978. 133 págs.

En un país pródigo de poetas, en el pasado y el presente, esta fina escritora guayaquileña responde a una noble tradición lírica, desde su primer poemario de 1953, hasta el que nos brinda ahora: todo un ciclo confesional, introspectivo, que se ha ido envolviendo en nieblas, al caer sobre ella la hora de la soledad, entre 1969 y 1973, lustro en cuyo curso perdió a sus padres. Los poemas escritos durante ese lapso reflejan, como no podía ser de otro modo, la sensibilidad acerada, el recuento desgarrado, la acongojada comprobación de la ausencia y el vacío, poblado de nostalgias y con la Poesía como único asidero para retener el recuerdo y dulcificar la herida. Desde el dolor, todo cuanto la circunda recibe de ella una especial ternura, una medida de comprensión y amor de gran intensidad lírica, confirmándola con este nuevo libro, entre las figuras representativas de la actual literatura ecuatoriana.

DE PROXIMO COMENTARIO:

CARTA LARGA SIN FINAL. — por Lupe Rumazo. Caracas, 1978.

UN HOMBRE Y SU MUNDO. — por Arturo Sergio Visca. Montevideo, 1978.

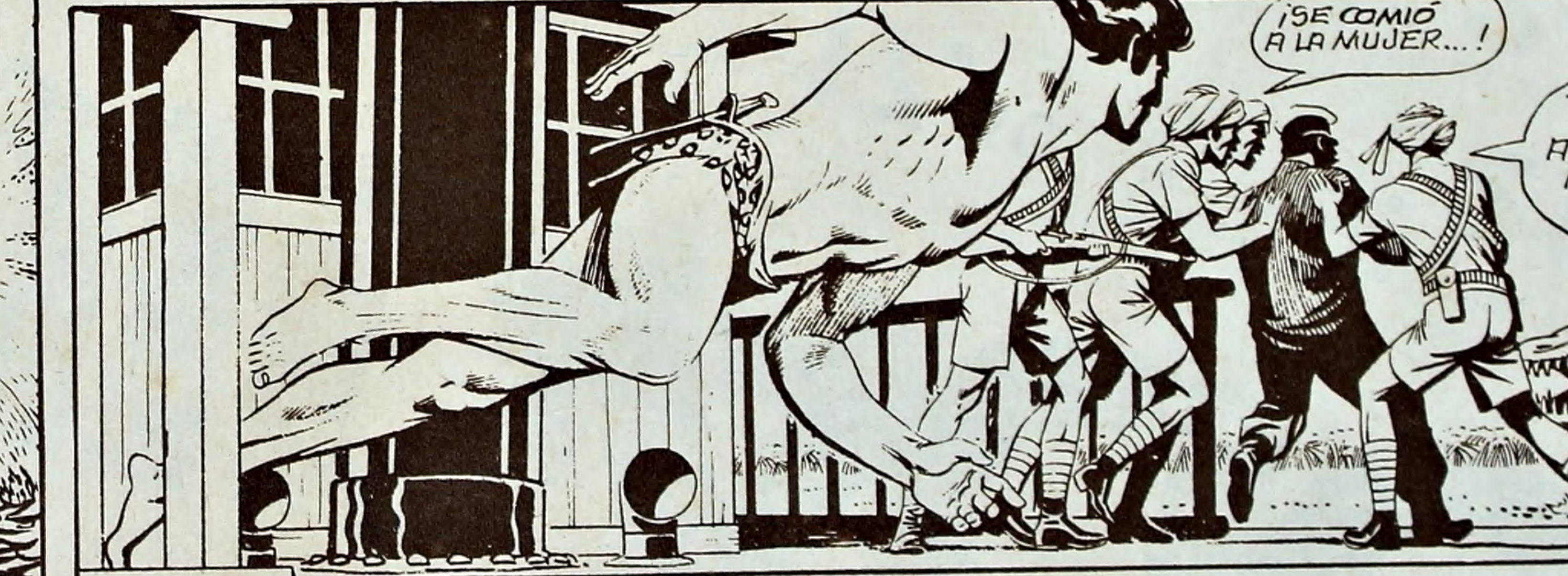

TARZAN
POR EDGAR RICE BURROUGHS
¡OH, TARZÁN! ¡TARZÁN, QUERIDÍSIMO! ¡TU—
M.R.
¡AGÁRRATE DE MI, JANE!
¡TARZÁN NO PODÍA VER DENTRO DE LA LOBREGUEZ DE BAJO, PERO PRESINTIÓ QUE LA MUERTE SE ACERCABA CON RAPIDEZ TERRIBLE!


¡LAS MANDÍBULAS HORRIBLES SE CERRARON EN EL VACÍO, AL LANZARSE TARZÁN CON JANE COMO UNA CATAPULTA DENTRO DEL BARCO!
© 1977 United Feature Syndicate, Inc.


¡TARZÁN RODÓ SOBRE LA CUBIERTA DE CARGA... FUERA, POR EL MOMENTO, DE LOS TREMENDOS COLMILLOS DEL MONSTRUO!


¡ESTE ES EL LUGAR MÁS SEGURO PARA TI, JANE... EN LO QUE BUSCO AL CAPITÁN AHMED... ¿DÓNDE ESTÁ ÉL...?
¡LO TIENEN CAUTIVO SOBRE CUBIERTA!




¡SE COMIÓ A LA MUJER...!
RUSS MANNING
...¡Y TODAVÍA NOS ATACA!... ¡ÉCHALE AL CAPITÁN!
7-10 #2418


LIQUIDACION
Variedad de diseños en Polyester estampado. N$ 9.90
Hilo estampado en moderno diseño. N$ 9.90
Bambula, Garbardinas e Hilos lisos en variedad de colores. N$ 9.90
Polyset estampado en delicados diseños infantiles. N$ 11.50
Acroceles estampados en variedad de dibujos y colores. N$ 12.50
Amplio surtido de Acrocel estampado en diseños exclusivos. N$ 14.50
Bambula en Fantasía multicolor y gabardinas de tonos lisos. N$ 14.50
Hilo Acrocel en carta completa de colores. N$ 17.50
Jersey Polyester estampado en variedad de diseños, ancho 1.40. N$ 19.50
Acrocel Labrado y estampado en diseños exclusivos, de textura muy actual ancho 1.20. N$ 21.50
Juilliard en estampados exclusivos de la colección 78-79, ancho 1.40. N$ 21.50
Polyester cloque fantasía en combinaciones multicolores, ancho 1.40. N$ 21.50
Jersey de seda lisa doble ancho, en 11 colores de gran moda. N$ 24.50
Jersey laminado liso o estampado en modernos diseños. N$ 35.00
miles de telas a precios increíbles en
Soler
créditos
SARANDI - CENTRO - CORDON
UNION - AGRACIADA - LAS PIEDRAS
PAYSANDU - MERCEDES - SALTO
capurro